

JAVIER MADERUELO: EL PAISAJE. GÉNESIS DE UN CONCEPTO

Madrid: Abada, 2005. 341 páginas, formato 16 × 23,5 cm. ISBN 84-96258-56-4

Victoriano Sainz Gutiérrez (<https://orcid.org/0000-0002-8125-5333>)

Dr. arquitecto, profesor titular del Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad de Sevilla, España

Persona de contacto: vsainz@us.es

El paisaje es, sin duda, un concepto emergente tanto en la arquitectura como en el urbanismo contemporáneos, que han desarrollado una extraordinaria sensibilidad para las cuestiones relacionadas con su construcción a través del proyecto. Y es que si antaño el paisaje aparecía como algo dado, casi natural, que era objeto de representación para su contemplación estética, ahora buscamos sobre todo construir paisajes que puedan ser vividos, usados y disfrutados. El origen de este interés constructivo por el paisaje probablemente esté relacionado con el papel desempeñado por el diseño de parques y jardines en el desarrollo de la ciudad moderna, donde las prácticas vinculadas al espacio dependen menos de lo visual que de un tipo de experiencia más compleja que —como ya dijera Simmel— resulta del rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones internas y externas.

Esta evolución en el modo de entender el paisaje conduce de manera casi inevitable a investigar su historia, y dicha investigación debe comenzar, claro está, por el origen del concepto: cuándo y por qué surgió la necesidad de ese constructo cultural que nos llevaría a establecer, a través de la mirada, una concreta relación con el entorno que habitamos, llegando a convertirse en una de las grandes ideas sobre las que apoya toda la cultura. La cuestión ha sido analizada por uno de nuestros mayores expertos en el tema, el arquitecto, crítico y profesor Javier Maderuelo, en un texto destinado a convertirse en un clásico de los estudios sobre el paisaje. Nacido de su tesis doctoral en Historia del Arte, el libro que aquí se reseña es el resultado de una década de trabajo dedicada al particular e inaugura una fecunda trayectoria orientada en esa dirección, cuyos frutos están a la vista.

Habida cuenta de que el término *paisaje* nació en el ámbito de la pintura, Maderuelo hace un recorrido por la historia del arte que abarca cronológicamente desde la Roma antigua hasta comienzos del siglo XVII, cuando aparecen en Holanda los primeros paisajes propiamente dichos, independientes de la pintura que pretendía narrar una historia, originando así un nuevo género. En palabras de su autor, el libro está planteado como “una historia de la mirada, es decir, como una historia del esfuerzo de aprendizaje visual y de la evolución en las interpretaciones que el hombre ha tenido que experimentar a lo largo de muchos siglos para comprender el mundo que le rodea”. Para trazar esa historia se llevan a cabo numerosas incursiones en terrenos que resultan colaterales al dibujo y la pintura, como la filosofía, la religión, la arquitectura, la jardinería, la cartografía y, en general, el mundo de las ideas, pero sin los cuales es difícil entender hasta los motivos de fondo que pueden haber conducido al surgimiento del concepto de paisaje.

No resulta posible sintetizar aquí todo el amplísimo ejercicio de erudición que Maderuelo despliega para detallar las distintas etapas que ha recorrido la cultura occidental hasta llegar al momento en que apareció el paisaje como género pictórico. Me limitaré a subrayar los aspectos de ese proceso más directamente relacionados con las temáticas específicas de esta revista, porque pueden dar una idea del interés del libro para situar en su contexto las cuestiones contemporáneas relacionadas con el paisajismo. Y es que —como se explica en el primer capítulo, dedicado a definir el concepto de paisaje— la arquitectura, la ciudad y el territorio conforman el marco físico que le sirve de sustrato, luego leído e interpretado por nuestra mirada para proceder a la construcción de esa imagen sintética que va más allá de los elementos que la componen, ya no ligada a la significación aislada de cada uno de ellos ni formada mecánicamente a partir de ellos; de ahí nace nuestra consciencia del paisaje.

En su recorrido por la génesis de la idea de paisaje, Maderuelo arranca del mundo antiguo, deteniéndose en la cultura romana, donde cree encontrar un modo de vida rústica vinculada al *otium* que se situaría a las puertas del concepto de mismo de paisaje. Augustin Berque ha sostenido que la llegada del cristianismo —más concretamente, el pensamiento agustiniano— impidió que madurase ese concepto, pero la tesis es arriesgada. Parece más probable que fuera la progresiva ruralización de la sociedad tardorromana, que condujo al fin de la cultura urbana antigua, la causante de este hecho. En todo caso, no es tanto en la obra

del obispo de Hipona como en la literatura vinculada a la aparición del monacato cristiano donde habría que buscar el cambio en el modo de percibir el entorno natural; puede verse a este respecto la distancia que media entre las *Bucólicas* de Virgilio y la *Vita Antonii* de Atanasio.

De hecho, solo con el renacimiento urbano, potenciado por la recuperación de la actividad comercial asociada al otoño de la Edad Media, se produce eso que Maderuelo llama “*el despertar de los sentidos*”, es decir, la emergencia de un nuevo naturalismo, del que serán testigos Francisco de Asís, Petrarca o Boccaccio, por referirme a algunos de los autores mencionados en el libro. Es este contexto el que acaba posibilitando la aparición de las villas mediceas —en especial, las construidas por Michelozzo—, que manifiestan una mirada diferente en relación con el medio rústico, caracterizada por la búsqueda de una contemplación desinteresada y placentera del territorio circundante; en especial, la de Fiésolo, situada a media ladera, que permite disfrutar desde sus amplias logias de un despejado panorama de la Toscana.

No obstante, esta nueva cultura visual propia del Renacimiento, desarrollada en gran parte gracias al descubrimiento de la perspectiva, afectará por igual a lo urbano y a lo territorial. Maderuelo lo ilustra acudiendo al ejemplo tal vez más insigne y arquetípico, el de Pienza. Allí, sobre el solar de la antigua casa familiar, el humanista Eneas Silvio Piccolomini, convertido en papa con el nombre de Pío II, hace construir un conjunto urbano que integra una pluralidad de miradas. Las historias de la arquitectura se suelen detener en el espacio del poder constituido por la plaza creada por la catedral y los tres palacios que la flanquean, pero más relevante aún para nuestro asunto es la relación que el palacio familiar establece con el entorno natural: a través del jardín, que puede ser intuido desde la calle, y mediante las magníficas vistas del valle del Orcia que, desde el balcón que supone la doble logia de la fachada trasera del edificio, es posible disfrutar.

Como ya viera Benevolo, “*por primera vez un conjunto monumental de este género está ligado orgánicamente a un espacio verde y a una panorámica paisajista*”. Pero era solo el comienzo; una nueva vuelta de tuerca en esta dirección le corresponde, en el entorno véneto, a Palladio con sus célebres villas, capaces de articular de manera asombrosamente eficaz la imagen patricia, el uso agrícola y la integración en el medio natural. Estaba construyendo con ello una nueva relación entre arquitectura y lugar, que después sería trasladada a otros entornos geográficos por los arquitectos británicos de matriz palladiana. En este sentido, Maderuelo señala acertadamente la notable aportación que, desde la arquitectura, el maestro vicentino hizo a la creación de una cultura paisajista.

El último eslabón que Maderuelo señala en su historia de la mirada, antes de llegar a los paisajes holandeses de comienzos del siglo XVII, está relacionado con la emergencia de esa imagen geográfica del mundo posibilitada por los grandes descubrimientos, los cuales, a su vez, no pueden ser desligados del desarrollo de nuevos modos de representación asociados a la corografía. Las colecciones de vistas de ciudades de Hoefnagel o de Van den Wyngaerde, nacidas del interés científico por conocer con detalle y exactitud los dominios de cada Estado, iban, sin duda, a proporcionar también un deseo de dejar constancia de las emociones y las vivencias asociadas a esos entornos urbano-territoriales. Asistimos con ello a la aparición de unas vistas —como las de Haarlem realizadas por Suycker, Vroom y Ruysdael— ya no asociadas al poder, sino al disfrute personal de unos espacios ligados a la propia vida cotidiana y, en cuanto tales, depositarios de la memoria individual y colectiva.

Son, sin duda, muchos otros los puntos de interés del libro, que invito al lector interesado a descubrir y disfrutar por su cuenta. Con esta reseña solo he querido dejar constancia de la importancia de la compleja tarea abordada por Maderuelo, pues solo una historia del paisaje nos permitirá comprender cómo hemos llegado a la democratización contemporánea del mismo, llevada a cabo a través de propuestas como la de Gilles Clément, de la que ya quedó constancia en un número anterior de esta misma sección de la revista. ■